I

«MADRID, ENERO DE 1876.

A las siete de la mañana de hoy, primero de año, mi excelente amiga la señora de Campuzano me ha traído á casa del Conde de la Roca, que así se llama mi nuevo señor; porque ¿soy otra cosa yo que una costurera, es decir, la servidora humilde de todos los de la casa, inclusas las dos petulantes doncellas?

Mas perdonadme, ¡Dios mio! mi orgullo gime y se revuelve contra los golpes del destino; mi corazon llora sangre. Sin embargo, yo quiero tener conformidad, y la tendré; no he de ser cobarde ni débil, rebelándome contra lo que tú, mi Dios, dispones.

La Condesa dormia, y toda la familia

dormia tambien; solo una de las doncellas se hallaba levantada y limpiaba el lavabo de las niñas.

—Rosa—dijo Doña Eugenia,—aquí está la señorita Elisa, que va á desempeñar una plaza en esta casa; yo me voy, y ella puede empezar á cumplir con su obligacion.

—¿Es la costurera de que nos ha hablado la señora Condesa? Falta nos está haciendo.

—No olviden ustedes, Rosa, usted y sus compañeras, que mi protegida es una señorita á la que la desgracia obliga á aceptar un sitio tan modesto.

—No lo olvidaré por mi parte, señora Doña Eugenia.

—Ahora, adiós, ¡hija mia!—exclamó la buena señora;—esta misma noche me voy á Barcelona; escribiré así que llegue, y tú escríbeme tambien,

La abracé con lágrimas; me pareció que me quedaba sola en el mundo. Rosa esperó algunos instantes á que me tranquilizara, y luego me dijo:

—¡Pobre jóven! ¡Nada se remedia con llorar! Venga usted y le enseñaré su cuartito, que es bien malo; pero no hay otro en casa que darle.

Tal era el aflictivo estado de mi ánimo, que ni siquera ví cuando salió mi amiga, la que á su vez me dejó precipitadamente para ahorrarme y evitarse la amargura de la despedida.

Rosa, como he dicho, esperó á que me serenase un poco, y luego me acompañó á un cuartito pequeño y situado dentro del comedor y al lado del de la plancha.

Es una habitacion muy pequeña, que contiene una camita de hierro sin cortinas, una cómoda vieja, una mesita con un espejo cuadrado colgado de un clavo, y dos sillas, con otra baja además para la costura.

La ropa de la cama es basta y lisa; la cómoda, de desecho, no tiene llave en ninguno de los cajones; la mesita está despintada; el espejo no ha costado ni seis reales... Una opresion terrible se ha apoderado de mi ání-

mo; me he acordado de mi gabinete en la casa de mi madre, de aquel nido tan lindo, y que ella arreglaba para mí; de su amor, de sus cuidados; y tanta soledad ha helado mi triste corazon.

Sin poderme contener, me he dejado caer en una silla y me he echado á llorar amargamente. Rosa ha salido y ha mandado al criado de la casa que entrase mi baúl y mis paquetes; despues la misma Rosa ha puesto agua en una jofaina sostenida en un aguamanil de hierro, y me ha dejado sola, acaso cansada de verme llorar, y acaso sin saber qué decir para consolarme.

Durante largo tiempo he estado llorando; pero Dios ha dejado oir su voz paternal en el fondo de mi alma.

—Consuélate—me ha dicho.—Por miserable que te parezca el sitio que ahora tienes, no hay ninguno que no ennoblezcan el trabajo y la honradez: ayúdate, y yo te ayudaré. Yo soy el Dios Todopoderoso que tiene en sus manos los destinos de toda la humanidad y los corazones de todos sus

hijos; yo soy el que ha dicho:—«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»—Tén valor y trabaja, esperando en mí; tu madre está á mi lado y me ruega por tu dicha; tras de los dias aciagos vienen los serenos; yo soy el sol de eterna justicia y el orígen de toda dicha; en último caso, aunque sufras ahí, yo te guardo al lado mio, al lado de tu madre, la celestial compensacion.»

Esta voz augusta me reanimó. Me levanté, me quité la mantilla, abrí mi baúl, y sacando mi pobre ajuar, lo fuí colocando en la cómoda; una hora despues salí y pedí á Rosa, que se hallaba en el comedor, la labor que debia desempeñar.

—¡Jesús!—exclamó ésta;—hay una cantidad enorme de ropa blanca que repasar: como que ni Pepa ni yo tenemos tiempo de hacer nada, con vestir á las niñas, salir con ellas, vestir y peinar á la señora Condesa: ahora mismo voy á llevarle á usted un cesto lleno de ropa que arreglar, y una caja de hilos de todas clases.

Un instante despues, sentada yo en la silla baja, tenía delante de mí una cesta enorme de ropa destrozada y maltraída, aunque fina y de gran precio; se conoce que toda la lencería de la casa está en un estado de completo abandono.

A las once han entrado en mi cuarto la institutriz y el ama de gobierno; yo me he levantado para saludarlas. La institutriz es una jóven francesa, de bonita figura, y al parecer muy coqueta; el ama de gobierno es anciana, alta, flaca, de rostro severo y anguloso; la costumbre de luchar con los criados y de regañarles ha dado una expresion dura á su fisonomía.

—Vamos, hija mia—me ha dicho con una voz que procuraba hacer suave sin poderlo lograr;—basta de costura por ahora: almorzará usted con nosotras en este comedor pequeño, y luego entrará usted á ver á la señora Condesa, que está impedida y sin poder dejar su sillon jamás; es bien triste, porque aun es jóven y bella.

Hemos almorzado solas el ama de llaves

Doña Agustina, Mlle. de Melval y yo; pero apenas he podido tomar una taza de té con unas gotas de leche.

He advertido que la institutriz me mira con alguna prevencion; apenas me ha dirigido la palabra; al terminar nuestro almuerzo, Doña Agustina me ha invitado á seguirla al salon donde habitualmente se halla la señora Condesa; en el camino, y con mucha reserva, me ha dicho que esté muy en guardia con la institutriz, porque es muy envidiosa y me tiene ya aversion.

—¿Por qué causa?—he preguntado admirada.

—Porque es usted más bonita que ella; sí, es usted verdaderamente bonita; ¡qué hermosos cabellos rubios! ¡qué linda y atractiva figura!

—Me favorece usted mucho, señora—le he dicho toda ruborizada;—solo anhelo parecer bien en lo que toca á cumplir con mi obligacion, y si tengo algun mérito, es el de desear complacer.

—Pues á la francesa maldito lo que le

importa el cumplir con la suya, y además ha engañado á la señora; le dijo que podria enseñar á las niñas el francés, el inglés y el italiano; y si sabe la primera de estas lenguas, porque es la suya, de las otras dos sabe tan poco, que las niñas se eternizan con las lecciones.

—Yo se las repasaré, si lo permite la señora Condesa.

—¡Qué! ¿sabe usted el inglés y el italiano?

—Sé ambos idiomas regularmente.

—Entonces, ¿por qué se pone usted á costurera?

—No conozco á nadie para poder buscar lecciones, y además estoy sola en el mundo.

Llegamos en esto al salon.

La Condesa, que tendrá unos treinta y cuatro años, es aún muy bella y tiene una fisonomía muy dulce y atrayente; sentada á sus piés, en una banqueta, estaba una niña de diez años, y otra de ocho se hallaba jugando con una muñeca.

—Señora Condesa, esta es la jóven costurera que ha llegado esta mañana—ha dicho el ama de gobierno.

—Bien llegada, señorita—ha dicho con afabilidad la dulce voz de la Condesa.—¿Cómo es su nombre de usted?

—Elisa Cisneros, señora Condesa.

—¿Y mi buena amiga Doña Eugenia?

—Me acompañó hasta aquí y se marchó.

—¿La han instalado á usted en su cuarto?

—Sí, señora.

—Ya hace tres horas que está cosiendo en él—añadió Doña Agustina.

—Me ha dicho nuestra amiga que ha recibido usted una educacion excelente—dijo la Condesa.

—En efecto, señora—respondí,—debo á mi tierna madre el beneficio inestimable de saber algo, aunque poco; la señora Condesa me atribuye acaso en su bondad méritos que no tengo.

—¿Sabe usted música?

—Un poco.

—¿Querrá usted dejarse oir de mí en el piano?

—Cuando la señora Condesa lo ordene.

—Ahora mismo: ¿sabe usted alguna pieza de Donizzetti? Es mi autor favorito.

—Y el mio tambien; ¿le agradará á la señora Condesa la romanza de barítono de *Don Sebastian?*

—¡Oh, sí! Tóquela usted en el piano.

Me senté y ejecuté la cavatina *¡Oh mia Lisbonne!* lo mejor que me fué posible; la Condesa parecia arrobada de entusiasmo.

—Mi pobre Elisa—me dijo tomándome la mano;—en mi casa ocupa usted un sitio muy inferior á su mérito... Yo la colocaré en la de alguna de mis amigas de una manera más ventajosa...

—¡Oh no, no, señora Condesa! —exclamé;— aquí me ha colocado mi bienhechora, y yo estoy contenta aquí; ¿por qué he de cambiar por otra, una situacion que me agrada tanto?

—Inés, véte á estudiar á tu cuarto—dijo enojada la Condesa, al ver que su hija mayor ni aun miraba al libro, distraída con la conversacion;—hace que estás con esa lec-

cion ocho dias, y hoy, como ayer, vas á quedarte sin comer.

La niña se levantó llorando y se dirigió á la puerta.

—Si la señorita Inés quiere—la dije,—puede venir conmigo, y yo la ayudaré á comprender su leccion.

—¿Sabe usted el inglés?

—No muy bien; pero sí lo bastante para evitar á la niña un castigo y á la señora Condesa un mal rato.

Inesita se asió de mi mano y me dijo en voz baja:

—Vamos, vamos antes de que venga la señorita Melval, que se queja á mamá de que no estudio.

Cuando despues de saludar á la Condesa me he retirado con Inés, ésta me ha dicho:

—La señorita Melval no nos enseña nada ni nos saca de ninguna duda; yo tengo ya diez años y la conozco muy bien. La pobre Anita, que solo cuenta ocho, tampoco adelanta nada en sus lecciones, y mamá se disgusta y nos castiga todos los dias.

—Y dígame usted, mi querida niña, ¿qué aprende Anita, que solo cuenta ocho años?

—Aprende á la vez el solfeo y á escribir; pero hace unas planas muy malas, y cada dia está más torpe para leer las notas.

—Si ustedes quieren, yo les repasaré todos los dias sus lecciones; solo temo una cosa.

—¿Qué es?

—Que se dé por resentida Mlle. Melval; yo desearia repasar á ustedes sus lecciones y ayudarles á estudiarlas sin que ella supiera nada.

—Pues es muy fácil en cuanto á mí; me levanto temprano, y antes de que despierte la institutriz repasaré el inglés con usted. Quizá Anita no se despertará; pero de mí aseguro á usted que sí.

—Repasará Anita el dia que se levante, y usted lo mismo.

En mi pobre cuartito he ayudado á Inesita á comprender su leccion; es una niña

encantadora y de una comprension algo tarda, pero segura y profunda para su edad.

Cuando ha dado la leccion en presencia de su madre, la institutriz ha quedado llena de asombro; pero no ha hecho ninguna observacion ni ha preguntado nada.

—De modo, señorita, que el no aprender usted es porque no quiere estudiar—ha dicho muy séria;—eso ya lo sabía yo; pero hoy me he convencido más de lo que lo estaba.

II

MADRID, ENERO DE 1876.

Doña Agustina está asombrada de la gran cantidad de ropa que cada dia arreglo; y á pesar de esto, he hallado tiempo para cortar y coser el vestido que me regaló la señora de Campuzano; mi respetable amiga me ha escrito enviándome una letrita de doscientos reales, sesenta para Juana y ciento cuarenta para mí; me dice que los emplee en mis gastos hasta que cobre el sueldo del primer mes; pero yo no quiero hacer uso de este dinero; no, me he propuesto que todo cuanto tenga, cuanto gaste, sea ganado por mí; me he propuesto que mi trabajo baste á todas mis necesidades.

Juana viene á verme todos los dias por

la mañana; me dice que le va muy bien en su cuartito, que hace algunos mandados, medias para las tiendas y algunas camisas; ¡pero la pobre viejecita se entristece sola, y yo no puedo remediar su soledad! Esta es una de mis penas mayores: ¿y qué hacer, Dios mio? No hay otro remedio que tener resignacion, y yo la tengo más que Juana...

He estado á verla dos tardes, acompañada de Doña Agustina, y cuando he salido de su boardilla se ha echado á llorar; la verdad es que Juana estaba acostumbrada desde su juventud á no separarse del lado de mi madre, y antes de la casa de mis abuelos; á su edad la soledad es muy triste... y sin embargo, yo no puedo remediar este mal. ¡Dios nos dé conformidad á las dos!

He preguntado á la Condesa si quiere que me encargue yo de vestir y peinar á las niñas por las mañanas, y me ha concedido permiso para hacerlo; á la verdad, estas criaturas tienen el cabello muy descuidado, y sus vestidos, aunque de gran precio, están rotos, descosidos y maltrata-

dos; la doncella destinada al servicio de Inés y de Anita no cose, ni lo hace nadie en todo el dia; veremos á ver si yo puedo poner un poco de órden, aunque lo considero muy difícil, si no me he de conquistar enemistades conforme vaya descubriendo las faltas del servicio, tan numerosas en esta casa.

III

ENERO DE 1876.

Son las doce de la noche, y la casa va quedando en silencio; hoy ha sido el santo del Conde, y hemos tenido muchos convidados; entre ellos un amigo suyo, capitan de inválidos, y al que le falta el brazo derecho; la vista de este pobre jóven me ha conmovido profundamente; su mirada es triste, y aun más que triste, amarga y desolada; apenas cuenta treinta años, y se ve mutilado, pues no solo le falta el brazo derecho, sino que tiene dos terribles cicatrices en la cara, una de las cuales le divide la mejilla, y otra le atraviesa la frente con una raya profunda de un color encendido.

Yo he comido, como todos los dias, con el ama de gobierno y la institutriz, que me

demuestra cada dia mayor antipatía; la Condesa ordenó que de la mesa suya nos sirvieran un plato, helados y dulces; cuando acabábamos de comer, llegó Rosa y me dijo, mirando á la institutriz con aire de desafío y de provocacion:

—Señorita Elisa, vístase usted pronto y lo más elegante que pueda.

—¿Para qué?—pregunté admirada.

—Porque la van á llamar á usted al salon.

—¿A mí?—exclamé toda asustada.

—A usted, sí; la señora Condesa quiere que toque y cante acompañándose alguna pieza en el piano. Mlle. de Melval me lanzó una mirada envenenada, y luego se echó á reir.

Yo estaba tan disgustada y tan confusa, que no reparé en su enojo; antes que pudiera decir una sola palabra, entró un criado y me dijo:

—La señora Condesa suplica á usted que venga al salon.

—Diga usted á la señora Condesa que

me pondré á sus órdenes dentro de algunos instantes—contesté temblando.

Me puse á toda prisa mi vestido nuevo, regalo de Doña Eugenia y hecho por mí; una corbata, un collar y unos pendientes negros, regalo una y otra cosa de Inés y de Anita.

Cuando aparecí á la puerta del salon, ya estaban tomando el café; á la Condesa la habian conducido en su sillon desde el comedor; Inés y Anita corrieron á mí y me llevaron al lado de su madre, ante la cual me incliné como en demanda de sus órdenes.

—Querida Elisa—me dijo,—espero de usted un favor.

—Solo deseo complacer á la señora Condesa.

—Pues bien; va usted á hacernos un poco de música; cante algo acompañándose, y luego tocará alguna pieza de las que repasa por las mañanas temprano y que yo oigo alguna vez.

—Voy á obedecer á la señora Condesa—dije inclinándome con mucho temor.

Un caballero anciano y que sin duda ignoraba mi cargo de costurera, me ofreció el brazo y me condujo al piano; mientras me sentaba, oí algunas voces vagas que decian:

—¡Qué linda muchacha! ¡qué aire tan dulce y tan modesto! ¡parece una niña! ¡tiene una cabeza angélica!

Canté primero el aria de salida de *Sonámbula*, y quedé ensordecida con los aplausos que me prodigaron; despues toqué dos piezas, un capricho de Chopin, y una plegaria á la Vírgen; y en tanto que estuve al piano no cesaron las muestras de aprobacion de todos los concurrentes; el Conde vino á buscarme al piano, me dió gracias, me felicitó, y me llevó al lado de su esposa.

Todos me llenaron de plácemes; solo el pobre inválido me dirigió una larga y elocuente mirada; pero nada me dijo, sin duda por una invencible timidez, hija de su estado. ¡Pobre jóven! una amarga melancolía se halla impresa en sus ojos y en la expresion general de su semblante!

IV

Madrid, Enero de 1876.

Hace ya seis dias que nada he escrito en mi diario. Juana ha caído enferma, y he solicitado permiso para estar á su lado y cuidarla. La Condesa me lo ha otorgado al instante; es muy buena y muy sensible, y la dulzura angelical de su carácter no ha podido ser alterada ni aun por su penosa dolencia; todos los dias envía al ama de llaves ó á Rosa, y me traen azúcar, bizcochos, chocolate y provisiones para mí.

Juana tiene un reuma articular con gran fiebre; sus padecimientos, que son graves, me afligen profundamente; sentada todo el dia á la cabecera de su cama, la cuido lo mejor posible, y espío en su rostro cuando está mejor, cuando la calma bienhechora

de la conformidad cristiana desciende hasta ella... ¡Dios mio! si la perdiera, si dejase este valle de dolor por las regiones celestes donde habita mi madre, ¡qué sola, qué aislada me quedaria sobre la tierra! ¡ah! viva esta pobre anciana, aunque sea sin poderse mover de un asiento, sin poderme yo separar de su lado... perderé la colocacion que hoy tengo, lo sé... pero el deber ante todo, por rudo, por penoso que sea su cumplimiento.

Este deber es á la par dulce y doloroso para mí; cuidando á esta pobre anciana, me parece que cuído de mi madre, que la queria tanto; sentada á la cabecera de la enferma, coso y arreglo toda la ropa blanca de la casa que Doña Agustina me envía con un criado; tambien escribo alguna vez á la señora de Campuzano; los 140 reales que ésta me remitió, los he gastado en el cuidado de la enferma, y además he pedido á la Condesa un adelanto de 500 reales sobre mi sueldo.

Un criado viene cada mañana y trae

caldo hecho para todo el dia; ayer Rosa vino con las dos niñas, y pasaron largo rato conmigo; esta excelente familia no me olvida, y tiene cuidado de la pobre enferma y de mí. Dios no nos abandona jamás por completo.

V

Madrid, Febrero de 1876.

Esta tarde, dejando á Doña Agustina al cuidado de la enferma, he ido á ver á la Condesa; la misma ama de llaves me lo ha aconsejado, y me ha dicho que deseaba mucho verme, y que estando impedida como está, debia yo complacerla en esto; es una mujer excelente esta anciana señora, encargada de llevar el pesado cargo de gobernar esta casa.

La Condesa me ha recibido con afecto y me ha preguntado:

—La enfermedad de esa pobre mujer se prolonga; ¿qué piensa usted hacer, querida Elisa?

—Solo puedo hacer una cosa, señora Condesa—le he contestado:—cuidar á Jua-

na y permanecer á su lado hasta que recobre la salud.

—Pero usted hace aquí mucha falta y habrá que reemplazarla.

—Ya lo veo, señora Condesa—he contestado con afliccion.

En este instante ha entrado Anita asida á la mano del inválido, dando saltos y cantando.

—Mamá! mamá! aquí está Félix!—decia;—cuántos dias sin venir! Regáñale mamá!

—Anita tiene razon—ha dicho amablemente la Condesa;—¿ha estado usted enfermo, querido Villena?

—Un poco, amiga mia—y añadió mirándome:—¿está enferma esta señorita tambien? La encuentro pálida y ojerosa.

—De eso estábamos hablando. Elisa se empeña en permanecer al lado de una anciana criada de su madre que está enferma, y pierde así, á la vez que su salud, su sitio en esta casa, sitio que podria ser mejor.

—Ya sabe la señora Condesa que esa

desgraciada anciana no tiene más que á mí en la tierra.

—Si es así—ha objetado el señor Villena con su voz grave y dulce,—yo creo que esta señorita cumple con su deber no abandonándola; el deber es algunas veces muy rudo de cumplir; pero llenándole conseguimos satisfacciones verdaderas; ¿y qué dice el médico de la dolencia de esa pobre mujer?

—Dice que es un reuma agudo, caballero.

—Yo entiendo algo de medicina casera—ha dicho sonriendo con melancolía el inválido,—y para el reuma conozco un remedio excelente; si esta señorita lo permite, se lo llevaré mañana.

Yo me puse muy colorada, y solo pude dar las gracias balbuceando.

—Sí, querido Félix, vaya usted mañana, y en vista de lo que le parezca el estado de la enferma, decidiré yo lo que es preciso hacer.

Me pareció como que un rayo de alegría

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO